

INTRODUCCIÓN

Las mujeres del Sur somos únicas; de eso no hay duda. Somos mujeres nacidas al amparo de los conflictos, de un pasado marcado por las batallas y el caos, fruto del instinto de conservación y protección. Durante la guerra administramos plantaciones, servimos té a los soldados de la Unión antes de ver cómo quemaban nuestras casas, ocultamos esclavos de sus perseguidores y, más tarde, avanzamos por los siglos observando y aprendiendo de los errores de nuestros hombres. No es fácil plantarle cara a la vida en el Sur, pero todavía es más difícil hacerlo con una sonrisa en la cara.

Mantuvimos nuestros estados unidos, conservando la dignidad sin dejar de lado la amabilidad, y seguimos teniendo la cabeza alta cuando nos mancharon con sangre y hollín.

Somos fuertes. Somos del Sur. Tenemos secretos y vidas que jamás llegarás a imaginar.

Bienvenidos a Quincy.

Población: 7800 habitantes.

Ingresos medios: Jamás lo diremos.

Secretos: En abundancia.

Quincy, Georgia, fue en tiempos la población más rica de Estados Unidos. El hogar de más de los sesenta y siete millonarios de la Coca-Cola. Cada una de las familias de los propietarios originales posee ahora más de diez millones de dólares, lo que convierte a este pequeño y hermoso pueblo sureño en un lugar muy lucrativo. Sin embargo, cuando conduces por sus calles no te cruzas con Bentleys o mayordomos, sino que ves una localidad pequeña, con mansiones elegantes y bien cuidadas, donde se siguen observando a rajatabla las sencillas tradiciones del Sur que llevan siglos existiendo: sonreír, tratar al prójimo como a ti mismo, ser amable, no contar los secretos, cuidar a los amigos y mantener a los enemigos todavía más cerca.

Y, desde el principio, Cole Masten fue mi enemigo.

1

La gente de Hollywood no encaja bien con caminos de tierra. Allí no entienden nuestra idiosincrasia. No comprenden el intrincado sistema de reglas por el que nos regimos. Piensan que, como hablamos despacio, somos estúpidos. Que contraer las palabras es una señal de mala gramática. Creen que tener un Mercedes hace que una persona sea mejor cuando, por el contrario, para nosotros solo es una indicación de una autoestima baja.

La caballería llegó a Quincy un domingo de agosto por la tarde. *Pickups* seguidas de limusinas, camiones y tráileres con sedanes a juego. Remolques de *catering* como si aquí no tuviéramos restaurantes. Furgonetas... El olor de las camelias no podría competir con el tufo que salía por sus tubos de escape, y el resoplido de los motores diésel traía consigo el aroma a ínfulas y pretensiones. El chirrido de los frenos lo oyeron todos en tres condados a la redonda, e incluso los nogales se enderezaron con interés.

«Y... ¡un domingo!».

Solo los yanquis podían pensar que el domingo era un día adecuado para entrar de sopetón en nuestras vidas. Era el día del Señor. Un día dedicado a los bancos de la iglesia, a tomar el aperitivo bajo los robles con amigos y familiares, a echarse la siesta por la tarde y a sentarse en los porches de las casas al anochecer. Era un tiempo para disfrutar con tu familia. El domingo no era un día de agitación, no era un día para trabajar.

Estábamos en la iglesia bautista cuando llegó la noticia. Un susurro de emoción recorrió la larga mesa, avanzando a saltos por encima del pan de maíz, las albóndigas, el pastel de nuez y las cazuelas de brócoli. Fue Kelli Beth Barry quien me contó la nueva, durante el cambio de turno, mientras su pelo rojo ondulaba peligrosamente sobre un bizcocho de malvaviscos.

—Ya están aquí —musitó con aire siniestro, aunque el brillo de excitación de sus ojos no coincidía con el tono ominoso del mensaje.

No tuve que preguntar a quiénes se refería. En Quincy llevábamos siete meses esperando este momento. Desde que nos llegó la

primera noticia del tema, a través de Caroline Settles, la secretaria del alcalde Frazier, que recibió una llamada telefónica un lunes por la mañana de Envision Entertainment. Caroline había pasado la llamada al alcalde, había cogido el paquete de caramelos de canela Red Hots y se había acomodado en la silla, junto a la puerta. Se había ventilado media caja antes de levantarse y regresar al escritorio; hundió su enorme trasero redondo en el asiento justo antes de que saliera el alcalde. El hombre apareció hinchando pecho, con las gafas puestas y una libreta que, como ella sabía bien, solo contenía garabatos.

—Caroline —le dijo él, dándose aires de importancia—, acabo de recibir una llamada de California. Al parecer, quieren filmar una película en Quincy. Todavía estamos con las conversaciones preliminares, así que... —se interrumpió para mirarla por encima de la montura de las gafas con cierto grado de severidad y dramatismo— esto no puede salir de las cuatro paredes de estas oficinas.

Fue una declaración muy graciosa, puesto que el alcalde Frazier sabía lo que ocurriría cuando regresara a su despacho. En las poblaciones pequeñas hay dos clases de secretos: los que unen a todo el mundo para protegerlos y los jugosos. Y los jugosos no se callan. Nada de eso. Son la única fuente de entretenimiento en un pueblo, como la pizca de grasa que ayuda a conservar la salud. Esos secretos son nuestra moneda de cambio, y no hay nada más valioso que saber algo de lo que todavía no se ha enterado nadie más. A los cinco minutos, Caroline llamó a su hermana desde el cuarto de baño privado del alcalde, y sentada en la tapa acolchada del inodoro le repitió sin aliento cada palabra que había escuchado a través de la puerta.

—Han dicho que necesitan una plantación como la de *Lo que el viento se llevó*...

—He oído el nombre de Claudia Van, ¿crees de verdad que Claudia Van va a venir a Quincy?

—Han mencionado el mes de agosto, pero no sé si el de este año o el del año que viene.

Aquellos chismes poseían información suficiente para correr como la pólvora, y las especulaciones y las suposiciones falsas se extendieron como la epidemia de piojos del 92. Todo el mundo pensaba que sabía algo, y cada día se añadía nueva información a nuestras hambrientas vidas sociales como si fuera maná.

Yo tuve suerte. Pillé un asiento en primera fila para la acción y me convertí en una de las personas más interesantes en un lugar que había incluido mi nombre a la lista negra tres años antes. Ser interesante era el primer paso para ser apreciada, algo que ni mi madre ni yo habíamos podido conseguir en los veinticuatro años que llevábamos viviendo en Quincy. No era algo que me importara demasiado, aunque era lo suficientemente inteligente como para no rechazarlo.

Que rodaran una película en Quincy resultaba ser la cosa más emocionante que hubiera ocurrido nunca, y la gente aguardaba la llegada del acontecimiento con una jadeante anticipación.

«¡Hollywood!». *Glamour*. Grandes estudios. Celebrities..., la más importante de las cuales era Cole Masten.

Cole Masten. El hombre en el que una mujer piensa en la oscuridad de la noche. Cuando su marido ronca o, en mi caso, cuando mi madre duerme. Es posible que sea el hombre más guapo que nos ha dado Hollywood en la última década. Alto y fuerte, con una constitución que defiende de forma perfecta un traje, pero que deja músculos a la vista cuando se desnuda. Pelo castaño oscuro, suficientemente largo para poder hundir los dedos y tirar de él, pero no tanto como para parecer un vagabundo. Ojos verdes que se apoderan de ti en cuanto te sonrío. Una sonrisa tal que te hace olvidar que de tu boca pueden salir palabras porque conduce a tu cuerpo a un estado de desesperada necesidad, capaz de conseguir que cualquier otro pensamiento se vuelva irrelevante. Cole Masten era la personificación del SEXO, con mayúsculas, y todas las mujeres del pueblo babeaban al pensar en el momento en que lo verían en persona.

Todas las mujeres menos yo, claro está. Yo no babeaba por él, porque, por un lado, era un cerdo, un creído arrogante y sin modales y, por otro, ese hombre sería, durante los cuatro meses siguientes, mi jefe. El jefe de todos. Porque Cole Masten no solo era el protagonista masculino y la estrella de la película, sino que invertía su propio dinero en la producción para financiar toda la operación. Había sido Cole quien se había leído esa novela sureña que nadie conocía. Un libro sobre el pueblo, una novela que dejaba claro que las plantaciones y los tractores no eran más que un camuflaje. Un maquillaje para ocultar a los millonarios secretos.

Vale. Nuestro tranquilo pueblo de siete mil habitantes está envuelto en modales sureños y recetas premiadas de pollo frito. También poseemos discreción: la mayor prueba es lo que hay en las cámaras acorazadas del banco y enterrado en los patios traseros de nuestras casas. Y guardado en congeladores y áticos.

Dinero contante y sonante. Mucho..., muchísimo. En este pequeño pueblo hay cuarenta y cinco millonarios y tres multimillonarios. Y es una estimación aproximada, el mejor cálculo del que pueden dar fe las cuentas que hacemos entre susurros. Puede que sea más. Todo depende de lo estúpidos o inteligentes que hayan sido los descendientes de los primeros inversores con las acciones de Coca-Cola. De ahí es de donde viene todo. De la Coca-Cola. Si alguien menciona la palabra «Pepsi» en esta ciudad, será mejor que se guarde la espalda cuando salga a la calle.

Así que Cole había descubierto el secretito de Quincy. Se había quedado fascinado por él, por nuestro pueblo y sus pretextos. Por lo que había reunido un equipo, había contratado a un escritor y se había mantenido apartado de la prensa amarilla el tiempo suficiente para planificar una película de tres horas a partir de un libro de setenta y dos páginas. Y ahora..., trece meses después de que Caroline Settles esparciera los rumores, habían comenzado a aparecer... La gente de Hollywood estaba aquí. Un día antes de lo previsto. Yo les había aconsejado que llegaran un lunes, que nada que diera comienzo un domingo podía ir bien. Por ello, observé la locura que se había desatado mientras me preguntaba cuántos contratatiempos más nos estarían esperando.

Seguí a la multitud hasta el césped de la iglesia, observando cómo la calle Mayor era invadida por los recién llegados, gente que se bajaban de los autobuses, de los camiones. Había un enjambre de gritos, y todo el mundo hacía señales corriendo en diferentes direcciones como si nada tuviera sentido. Sonreí. No pude evitarlo. Todo esto era un lío tremendo, y empezaba un domingo. Y pensaban que tenían el control..., creían que, de repente, este pueblo era suyo.

No se imaginaban ni por asomo en dónde se estaban metiendo.

2

SEIS MESES ANTES

Mi madre había sido *miss*. «*Miss* Arkansas 1983». Me había tenido en el 87, en unas circunstancias de las que nunca he llegado a tener conocimiento y que, en realidad, no me habían importado nunca. Tengo vagos recuerdos de mi padre: un hombre grande, que fumaba puros y vivía en una casa enorme con los suelos brillantes. Un tipo que gritaba y me pegaba cuando lloraba. Un día después de que cumpliera siete años, mi madre me despertó en medio de la noche, y huimos. Nos metimos en el coche de mi padre, un sedán enorme con los asientos de cuero que llevaba una cinta de Garth Brooks en el *radiocassette*, y que escuchamos durante todo el trayecto hasta Georgia, con solo las interrupciones necesarias para darle la vuelta. Eso son los últimos recuerdos que tengo de mi vida anterior. Garth Brooks, asientos de cuero y mi madre llorando. Me había arropado en el asiento trasero con su abrigo mientras yo trataba de entender el porqué de sus lágrimas. No había podido comprender que estuviera llevando a cabo algo que le dolía tanto.

Abandonamos el coche por el camino, en algún pueblo. Mi madre lo condujo hasta que se acabó la gasolina, y entonces salimos y nos pusimos a andar. Noté que llevaba una revista enrollada y apretada en la mano mientras avanzaba, así que le eché un vistazo. Traté de concentrarme en la portada, que ella movía con cada paso que daba. Cuando se detuvo un hombre para ofrecerse a llevarnos hasta la parada del autobús, ella me subió a la parte de atrás. Nos apretujamos las dos contra la maleta en el asiento posterior, pero, aun así, pude ver mejor aquel titular: «LOS MILLONARIOS DE LA COCA-COLA», y justo debajo había un hombre calvo con una radiante sonrisa que sostenía una botella del burbujeante refresco.

Con el tiempo, conocí a ese tipo. Era Johnny Quitman, y contrató a mi madre de cajera en el banco que poseía. Un empleo que ella ha conservado hasta el día de hoy. Johnny formaba parte de la tercera generación de los millonarios de Quincy, y había sido lo su-

ficientemente espabilado para triunfar: de ahí que luciera aquella entusiasta sonrisa en la portada de la revista.

Durante algún tiempo, cuando pensaba en la escapada nocturna a este pueblo y la gastada revista que mi madre había llevado consigo, creía que estaba buscando otro marido y que al mudarse allí esperaba pescar a uno de los ricachones que se mencionaba en el titular... pero no fue así. Ni siquiera lo intentó. Lo único que puedo decir es que vinimos a vivir aquí, que ella encontró un trabajo y que jamás volvió a coquetear con un hombre. Quizá el amor que había sentido por mi padre era demasiado intenso para poder olvidarlo y superarlo. O tal vez solo quería tener un refugio seguro en el que envejecer y morir... porque eso era todo lo que parecía esperar de la vida: la muerte. Un triste final para una mujer tan hermosa.

Permanecí sentada en el porche, con el aire caliente flotando por debajo del borde de mi falda, y la observé con los pies apoyados en la barandilla. Estaba arrodillada sobre una toalla para no manchar los pantalones mientras acondicionaba las raíces de unas azaleas. El sudor que le cubría los brazos brillaba bajo el sol de la tarde, y un enorme sombrero le daba sombra a la cara. Estábamos solas en la casa, e incluso las luciérnagas eran más activas que nuestras almas. Me quedé sentada con aquel calor, mirándola mientras trabajaba. Sopesé la idea de ofrecerle limonada, aunque ya había rechazado dos veces la ocurrencia.

Yo no iba a ser como mi madre. Quería, fuera como fuera, vivir mi vida.

3

«En Hollywood, consideran que un matrimonio es un éxito si dura más que un tetrabrick de leche».

Rita Rudner

Cole Masten recorrió lentamente el lateral del coche, un Ferrari de color azul hielo, con los rasgos ocultos detrás de unas gafas de sol, aunque las llevaba inclinadas de tal manera que le permitían captar todas las características del modelo.

—Es precioso —gorjeó el vendedor, haciendo con la mano un pretencioso e innecesario gesto que abarcaba todo el vehículo.

Por supuesto que lo era. Era lo más lógico, pues costaba trescientos mil dólares. Inclinó la cabeza hacia el joven de traje que se había detenido a la izquierda del coche y le hizo una señal rápida con la cabeza. Justin, su secretario particular, dio un paso adelante.

—Se lo va a quedar. Yo me encargaré del papeleo y del pago. ¿Podría entregarle las llaves al señor Masten y...?

Cole atrapó el llavero en el aire y se colocó detrás del volante mientras el personal del concesionario se apresuraba a abrirle las gigantescas puertas de vidrio que formaban parte de la fachada derecha del edificio. Al otro lado del cristal, en la calle, había multitud de personas. De mujeres. De halagos. Apretó los dientes y movió con impaciencia el cambio de marchas, esperando. La multitud se movió, agitó las manos, saltó... como si fueran una cosa viva con respiración, una a la que él podía amar con la misma facilidad que odiar. Cuando el cristal se abrió, aceleró el motor y avanzó lentamente al tiempo que se ponía bien las gafas. Saludó a la multitud con aquella sonrisa característica suya, la que había perfeccionado una década antes.

Sonrió.

Saludó.

Le guiñó el ojo a una de las chicas de delante, que se desmayó en los brazos de sus amigas.

Sí, que le cegaran los *flashes*..., que quedara documentado ese momento mientras él apretaba con suavidad el acelerador para completar el giro sobre el asfalto y, por fin, pudo pisar a fondo el pedal.

Llevaba ya doce años en ese negocio, debía estar acostumbrado. Debía apreciar todo aquello: los *flashes*, la atención... Todo ello significaba que seguía en el candelero, que sus agentes y técnicos de marketing hacían bien su trabajo. Que la bestia siempre presente seguía alimentándose y quería más. Que todavía le quedaba tiempo antes de que se olvidaran de él. Pero eso no significaba que le gustara la invasión en su intimidad, en su vida...

Condujo agresivamente por las curvas de Hollywood Hills, a mucha más velocidad de la necesaria, y el modelo italiano aceptó el desafío, yéndose solo un poco las ruedas de atrás antes de pegarse al asfalto y salir disparado. En el momento en el que se detuvo en las puertas de su propiedad, el corazón le latía con fuerza y tenía una sonrisa de oreja a oreja. Eso era lo que necesitaba: adrenalina, velocidad, peligro... Y a ella también le gustaría. Ambos estaban cortados por el mismo patrón; era una de las cosas que hacían que su relación funcionara. Aparcó el coche delante de la casa y subió corriendo los escalones, con las manos en los bolsillos. Se cruzó con tres de las gobernantas, y sus educados saludos lo siguieron mientras subía las escaleras.

Tres años. Llevaba tres años viviendo allí y seguían tratándolo como un objeto. Y eran personas contratadas por él, por su equipo. Y, a veces, por su esposa. Entró en la casa y la vio a través de la ventana trasera, en la piscina.

«Una puta sesión de fotos».

Gimió, pues deseaba disfrutar de un tiempo a solas con ella para regalarle el Ferrari. Un instante en que no hubiera cerca ni personal ni cámaras, y ese no era el momento. Ella estaba de pie en una roca que él no había visto nunca, que habían llevado a la zona de la piscina, exhibiendo su espectacular cuerpo bajo las luces, con una prenda lo suficientemente transparente como para que sus pezones fueran visibles a cualquiera que mirara. Aquello hizo que entornara los ojos, que tomara nota de cada fotógrafo presente, de cada hombre. Uno de ellos se reía junto a la oreja de su mujer mientras le extendía el aceite por los hombros. Sus ojos se encontraron con los de ella en la distancia, pero estaban demasiado lejos para que

los leyera. La única indicación que tuvo de que lo había visto fue que levantó un poco la barbilla, por lo que él levantó la mano con una sonrisa.

Solo iban a estar juntos cinco semanas. Luego ella se iría a África, y él se subiría a un avión rumbo a Nueva York. Era la historia de su vida. Segundos robados entre vidas separadas.

Quizá sería mejor que condujera un poco más. Que quemara rueda. Porque en ese momento, sabe Dios por qué, estaba cabreado. Quizá fuera por el hecho de que, después de medio año separados, había vuelto a casa y había encontrado a su esposa en plena exhibición. Cuando todo lo que había deseado, todo lo que había esperado era apretarla contra la pared y purgar cada necesidad y deseo contenidos de los seis últimos meses. Quería recordar su sabor, cómo eran sus gemidos, cómo conseguía hacerla gritar cuando no había nadie alrededor. En una casa vacía, sin testigos. Abrió la puerta principal y bajó de nuevo los escalones hacia el Ferrari.

4

Llamaron a la puerta. Levanté la cabeza del libro y miré en esa dirección, pero la limpia superficie blanca no ofrecía ninguna pista del misterio que había detrás.

Otro golpe. El sonido hizo que me incorporara y dejara a un lado el ejemplar de *Mi nombre es Raro Thomas*, muerta de curiosidad. En una ciudad tan pequeña como Quincy, donde ni siquiera cerramos la puerta con llave y no hay extraños, existen dos tipos de visitas: las que se consideran de la familia o de un amigo cercano, alguien que podría presentarse en una casa sin avisar, y las que necesitan una invitación, que llaman para saber si pueden pasar. En Quincy no dábamos timbrazos ni golpes en las puertas. Era una grosería, algo totalmente inaceptable.

Yo estaba bien entrenada en la etiqueta social; todo el mundo sabía que en el Sur había reglas por una razón, que no nos habíamos pasado los doscientos últimos años cultivando la educación para nada. Me quité la manta de encima y me acerqué a la puerta. Una vez allí, aparté la cortina de encaje y me encontré mirando la cara de un extraño. Un hombre sonriente que me saludó energicamente, como si no fuera, de hecho, un extraño. Se trataba de un tipo bastante guapo: piel perfecta, dientes blancos..., que llevaba un polo azul ceñido a su torso para exhibir un poco de masculinidad trabajada en un gimnasio.

Abrí la puerta.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—¡Ay, Dios, espero que sí! —Al oír esas palabras, mi libido regresó al pozo de desesperación donde solía hallarse. Cada sílaba pronunciada por ese hombre indicaba que se trataba de un gay, y su pose, apoyado contra el marco de la puerta daba pruebas de una desesperación tan dramática que casi me eché a reír—. Por favor..., dime que eres la dueña de esta fabulosa propiedad.

¡Ja! Muy gracioso. Llevaba unas zapatillas deportivas Keds por las que asomaba el dedo gordo del pie, rotas después de demasiados ciclos en la lavadora. El componente principal de mi reloj era

el plástico, y vivía en la casa que había en la entrada a los antiguos barracones de esclavos de la plantación de Anna Holden. Ese tipo estaba loco de atar.

—No. —Me crucé de brazos—. ¿Por qué?

Tuvo la ridícula reacción de mirarme con aire perturbado, como si sus problemas fueran míos. Como si no hubiera llamado a la puerta para interrumpir mi lectura.

—¿Tienes el número de teléfono del dueño?

Negué con la cabeza. No pensaba darle el número de los Holden a un extraño.

—¿De qué quieres hablar con ellos?

—No voy a discutirlo contigo —repuso, alzando la nariz.

Me encogí de hombros. No entraba en mis planes quedarme allí y rogarle que me contara lo que quería. Si pensaba mantenerlo en secreto, pues genial por él.

—Buena suerte. —Sonreí de forma educada y cerré la puerta, por lo que dejé de ver su agitada expresión. Los Holden iban a quedarse en Tennessee durante los dos próximos meses. Podía golpear con esa mano tan cuidada cada puerta de la mansión, o regresar aquí y facilitarme cierta información. La elección era suya.

Al guapito de cara le llevó tres días regresar. La segunda vez lo vi llegar; avanzaba despacio por el camino de tierra con su traje de lechuguino. Levanté la vista y le señalé la mecedora que tenía al lado.

—Siéntese aquí, señor Payne. Ahí fuera hace mucho calor.

Y lo hacía. De hecho, era asfixiante. Un calor húmedo que te dejaba sin energía en solo unos minutos. El tipo de calor que atrae a cocodrilos y serpientes, a toda clase de criaturas malvadas. Todo aquel que poseyera una pizca de sentido estaba a salvo en el interior. Sin embargo, allí nos encontrábamos Bennington Payne y yo, bajo el alero del porche de la cabaña en la que vivía, mientras el ventilador daba vueltas arriba, creando un flujo de aire caliente lo suficientemente soportable para resistir en el lugar sin desmayarnos. Me incliné, rebusqué en el cubo con hielo que tenía a los pies y saqué una cerveza. Se la entregué, con la mía sujeta entre los muslos.

No discutió, no me dio una disculpa; solo cogió la botella y miró con vacilación la mecedora, pero se dejó caer en ella. Giró despacio el tapón de la cerveza con una sonrisa de agradecimiento.

—¿Cómo has sabido mi nombre? —preguntó al tiempo que se limpiaba la boca con delicadeza después de beberse la mitad de la Bud Light.

Me recliné en el asiento, con el cabello recogido en lo alto de la cabeza.

—¿Después de cómo has recorrido el lugar? Has hecho tanto ruido que hasta las vacas del condado de Thomas saben tu nombre. —Me reí contra el cuello de la cerveza mientras lo miraba de reojo—. Puedes quitarte la chaqueta, ¿sabes? Como sigas con ella puesta, solo vas a conseguir sudar como un pollo.

Se volvió hacia mí para estudiar mi expresión como si estuviera esperando que dijera algo más. Al no hacerlo, dejó la cerveza a un lado y se deshizo de la prenda, que dobló con cuidado en el regazo antes de apoyarse en el respaldo, con la chaqueta convertida en un pulcro paquete en su regazo. Había sido un movimiento inteligente. Era la mejor manera de proteger la ropa del polen. La policía local puede llegar a leer cualquier escena del crimen siguiendo las huellas de polen. Es la maldición del Sur. Eso y los mosquitos, y las serpientes, y las cucarachas..., así como otras cien opciones más que espantan a los del Norte.

—¿Por eso no he tenido suerte? —preguntó—. ¿Porque, como tan cortésmente has dicho, he hecho mucho ruido?

—En realidad hay dos razones —repuse sin andarme con rodeos—. Por un lado vas pisando fuerte, y por otro no cuentas el porqué. Eso no le gusta a nadie. Somos un pueblo reservado. No nos gustan los extraños. Al menos los que son como tú. Damos la bienvenida a recién casados, turistas... Pero tú estás aquí por otra cosa, y eso hace que todo el mundo desconfíe.

Se mantuvo en silencio durante un momento, hasta que se terminó el resto de la cerveza de un sorbo.

—Me han ordenado que sea discreto —soltó finalmente.

Me reí.

—¿Y también te han dicho que debías tener éxito? Porque aquí las dos cosas son incompatibles.

El sol bajó un poco más, hacia el lugar donde se escondía entre los árboles y deslumbraba a los que estuvieran en el porche. Era el momento en el que generalmente lo recogía todo y me iba dentro. Me estiré, cogí su botella vacía y la dejé caer, con la mía, en el

cubo. Luego me puse de pie y me detuve delante de él. Le tendí una mano.

—Summer Jenkins.

—Bennington Payne. Mis amigos me llaman Ben. Y en este momento, creo que eres la única amiga que tengo aquí.

—No le pongamos etiquetas a nuestra relación todavía. —Sonreí—. Acompáñame, tengo que cenar.

—Sencillamente, es antinatural que una chica de esa edad no esté casada. En especial cuando es tan guapa.

—Bueno, ¿qué esperaba? Ya sabe lo que le pasó con Scott Thompson. Summer no ha tenido una cita para desayunar desde entonces.

5

Vivía con mi madre en una cabaña junto a los barracones para esclavos de lo que una vez fue la plantación más grande del Sur. Mi trabajo era cuidar de la propiedad, asegurándome de que el jardinero tuviera siempre la hierba a cinco centímetros o menos, de que se recogieran los frutos caídos y de que la casa estuviera impecable. Los Holden pasaban cinco meses al año en ese lugar, y los otros siete los alternaban entre una cabaña en Blue Ridge y una casa en California. Eran una de las rarezas de Quincy, una de las extrañas familias que salían periódicamente de los límites del pueblo. Se podían oír comentarios sarcásticos y resoplidos de desaprobación cuando sus asientos estaban vacíos en los servicios de Pascua. Resultaba algo ridículo. En realidad, el pueblo entero era ridículo. Un montón de ricachones que se dedicaban a incubar su dinero hasta que morían de viejos. Todos contaban en silencio los millones que poseían, a pesar de que nadie sabía qué tenía cada cual. En principio todos habían partido de lo mismo: en 1934, los cuarenta y tres socios iniciales de Coca-Cola invirtieron dos mil dólares cada uno. Ese día, en ese momento, todos eran iguales. Durante los veinte años siguientes, tras vender y comprar acciones, realizar reinversiones, matrimonios, divorcios y tomar algunas malas decisiones, unos se habían convertido en millonarios y otros se habían vuelto pobres.

En la actualidad, adivinar quién es el más rico no deja de ser un juego. Y realmente da lo mismo: todos poseen más dinero del que podrían gastar.

Hacía seis años, había aceptado cuidar la plantación de los Holden a cambio de tener un alojamiento gratuito y un sueldo de quinientos dólares al mes, un intercambio más que justo si teníamos en cuenta que no le dedicaba a mi labor más de diez horas a la semana. Mi madre se había mudado al otro dormitorio de la cabaña y se había empezado a encargarse de los suministros y artículos del hogar. Sí, tenía veintinueve años y vivía con mi madre. No consumía drogas, no iba de fiesta ni tenía sexo. Leía libros, bebía una cerveza las tardes que apretaba el calor y hacía el crucigrama de *The Times*

los domingos por la tarde. No había ido a la universidad, no era particularmente guapa y, a menudo, me olvidaba de depilarme las piernas. Como puntos a favor, sabía hacer albóndigas y llegaba al orgasmo en cinco minutos. Aunque no a la vez... No poseía tanto talento.

Y, en ese momento, dado lo que necesitaba conseguir Bennington Payne, me había convertido en su mejor apuesta. Incluso aunque yo no perteneciera a la élite y fuera una marginada en Quincy.

6

Saqué un pollo de la nevera y lo puse en el fregadero para echarle agua por encima y terminar de descongelarlo. En cuanto a Bennington, noté que estaba estudiando la casa.

—¿Te gusta?

—Es muy acogedora —repuso con soltura al tiempo que se sentaba en una de las sillas del comedor.

Oculté la sonrisa volviéndome hacia el fregadero.

—Venga, Bennington, suéltalo de una vez. ¿Qué estás buscando en Quincy? —Tiré de la puerta del congelador y cogí una bolsa de verdura.

Tuvo un instante de vacilación antes de hablar, pero, después, sus palabras salieron fluidas, en un tono bastante afectado que enmascaraba una astucia propia de alguien acostumbrado a una gran ciudad.

—Trabajo en Envision Entertainment. Me dedico a buscar localizaciones. Tengo que conseguir escenarios para una...

—... película —terminé por él, dejando a un lado el pollo para llenar de agua una olla grande. Me sentía muy orgullosa de mí misma, pues ya tenía, al menos, una información jugosa.

—Sí. —Parecía sorprendido—. ¿Cómo te has enter...?

—Lo sabe todo el mundo desde el día que avisaron al alcalde —lo interrumpí secamente—. Para el caso, podríais haberlo anunciado con una pancarta en la 301.

—Entonces, no debería tener ningún problema —dedujo con entusiasmo—. Si todos saben ya que queremos rodar aquí, con acercarme por sus plantaciones ya...

Corté aquella entusiasta respuesta con un rápido movimiento de cabeza.

—Nadie te va a dejar filmar en su casa.

Eso detuvo su verborrea. Su rostro se tornó de un interesante tono grisáceo que contrastó de manera brutal con los reflejos rubios de su pelo.

—¿Por qué?

—¿Por qué iban a dejarte?

—¿Por dinero? ¿Por fama? ¿Por el derecho a presumir?

Me reí.

—Para empezar, nadie en Quincy necesita dinero, salvo yo misma, claro está. E incluso aunque lo hicieran, que sé que no es así, no van a permitir que los equipos de filmación accedan a sus propiedades —asegué con un dedo en alto.

»Dos, estamos en el viejo Sur. La fama no se considera nada bueno. Tampoco se jactan de nada. Cuanto más presumes, más necesidad demuestras; lo consideran un signo de debilidad, de inseguridad... A los ricos de verdad se los distingue por su confianza y elegancia. Aquí, la gente no muestra su riqueza: la esconde. Solo la codician.

Ben me miró como si le hablara en griego.

—Pero y todas las mansiones... —refunfuñó—. Las grandes verjas, los diamantes... —Movié los ojos por mi humilde morada, como si mi espacio contuviera alguna prueba que le diera la razón.

—Todo esto es riqueza rancia —dije moviendo una mano con desdén—. Adquisiciones que realizaron cuando cultivaban el algodón y eran nuevos ricos. Antes, cuando Coca-Cola era algo grande y el pueblo celebraba su riqueza todos juntos. Hace casi cien años. Dos generaciones atrás. ¿Acaso has visto alguna construcción nueva en el pueblo? ¿Rolls Royce con aire acondicionado y radio por satélite? —Esperé, cerré el grifo y puse la olla sobre los fogones.

—Entonces, ¿qué hago? Necesito una mansión..., a ser posible dos. ¡Y otras quince localizaciones para rodar una película! —Tras soltar aquel discurso con voz aguda, se metió una mano temblorosa en el bolsillo y sacó un bote con pastillas, aunque aquel ataque de pánico no le provocó ni una sola arruga en la frente. Lo miré fascinada, luchando contra las ganas de empujarlo a ver si reaccionaba.

—Parece que... —dije despacio mientras cogía un vaso y lo llenaba de agua— necesitas una persona de confianza en la localidad. Alguien a quien la gente de Quincy conozca, alguien en quien confíen. Alguien que te pueda indicar qué propietarios podrían sentirse tentados por tus propuestas. Alguien que llegue a buenos acuerdos con los proveedores locales, con los hoteles y con los funcionarios del pueblo.

—Pero... ese es mi trabajo —protestó con un hilo de voz, aunque aceptó el vaso de agua y bebió, tragando con gran esfuerzo.

—¿Cuánto te pagan por hacer eso? —Me recliné y crucé los brazos, mirándolo con la esperanza de que claudicara. En realidad no había contado con que se rindiera, sino solo con que se despojara de aquella fachada afectada e ignorara la pregunta. Sin embargo, me equivoqué, por lo que tuve que luchar para que la sorpresa no se reflejara en mi cara cuando respondió.

—Ciento veinte —soltó sin más, cruzando las piernas mientras se alisaba la tela de los pantalones, como si al abrirme su corazón estuviera recuperando algo de compostura.

—¿Mil? —No debí habérselo preguntado; era una pregunta estúpida con una respuesta obvia. No estaba sentado allí por lo que costaba una aspiradora.

—Sí. Pero los recibo por cinco meses de trabajo. Por las negociaciones, burocracia...

—Yo lo haré por veinticinco, en efectivo. —Di un paso adelante y le tendí la mano, con cara de póquer y una mirada intensa.

—Quince —repuso él, poniéndose de pie y mirando la palma extendida.

—Veinte. —Lo fulminé con la mirada—. Y recuerda que soy tu única esperanza.

Esbozó una sonrisa al tiempo que me estrechaba la mano con más fuerza de la que esperaba.

—De acuerdo.

Le apreté la mano con los labios curvados mientras pensaba para mis adentros: «Aquí, entre tú y yo, lo habría hecho por quinientos dólares».

7

Ben se había instalado en el Wilson Inn, un error absoluto por su parte, pero no podía culparlo por ello. En Quincy solo había dos opciones para alojarse: el Wilson Inn, un motel de tres estrellas, y el Budget Inn, un lugar donde incluso las cucarachas se volverían locas. Lo que no aparece en internet son los *Bed & Breakfast*, y hay siete en un radio de tres kilómetros desde el centro de Quincy. Así que le dije que recogiera sus cosas, y le reservé una habitación en el Raine House, el mejor de ellos. Concertamos una cita a las ocho de la mañana siguiente en la cafetería de Myrtle Way. Le indiqué que llevara dinero, y yo le suministraría nombres.

A la mañana siguiente, sobre una mesa de linóleo agrietado, metí algo del Sur en Ben en forma de sémola y salsa. A cambio, él me entregó cinco mil dólares de Hollywood en billetes grandes. Trabajamos durante cuatro horas; al terminar la reunión teníamos un plan de juego claro y un calendario para la semana siguiente. Se fue en el coche que tenía alquilado mientras yo me ponía a llamar a los nombres de la lista.

No era una tarea fácil la que me tocaba; en Quincy era decir mi nombre y la gente fruncía la nariz con expresión de disgusto. Tratar de que me hicieran un favor era como intentar desintegrar una roca con un tenedor de plástico. Pero yo conocía mi lugar, por lo que me regodeé haciéndome la débil, me arrastré e hice la pelota a aquellas pasas arrugadas, asegurándome de que se sentían superiores. Al cabo de veinte llamadas, había conseguido cuatro citas para Ben. Unas horas después, cuando colgué el teléfono, la sonrisa que esbocé era cansada, pero me sentía contenta del resultado. Era más de lo que esperaba de Quincy. Quizá tres años habían sido suficientes, quizá ya no era una apestada. O quizá, entre la película y el dinero, algunos habitantes de Quincy estaban dispuestos, aunque fuera por poco tiempo, a pasar por alto mis pecados.

8

—Señor Masten, ¿qué nos puede decir de su esposa?

—Estoy seguro de que le resulta familiar. —Sonrió, haciendo que la mujer se sonrojara. La observó mientras ella cruzaba y des-cruzaba las piernas.

—¿Cuándo supo que Nadia Smith era su media naranja?

—Nos conocimos durante el rodaje de *Cuerpos del océano*. Nadia era «la tercera chica de bikini» o algo así. —Se rio.

—Y usted era Cole Masten...

—Sí. Un día entré en mi caravana y la vi tendida en la cama con un bikini de lazos. Creo que ese fue el momento en el que lo supe. Cuando encontré a esa preciosa morena tumbada en mi cama, sin mostrar signo alguno de vacilación, como si fuera su sitio. Estoy seguro de que me matará por contarle esto... —confió a continuación.

—¿Y eso fue todo?

—Tracy, ¿se ha fijado bien en mi esposa? No tuve ninguna oportunidad...

—Llevan casados cinco años, lo que en Hollywood se considera toda una hazaña. ¿Qué consejo les daría a nuestros seguidores para que su matrimonio fuera feliz?

—Eso es difícil. Creo que son muchos los elementos que contribuyen a que un matrimonio sea feliz y duradero. Pero si tuviera que elegir solo uno, creo que la sinceridad es crucial. Nadia y yo no tenemos secretos el uno con el otro. Siempre hemos dicho que es mejor hablarlo todo abiertamente y lidiar con lo que sea, dan igual las consecuencias.

—Creo que eso es genial. Gracias por su tiempo, señor Masten. Y buena suerte con *La botella de la fortuna*.

—Gracias, Tracy; siempre es un placer verla.

9

Mamá y yo seguíamos una rutina; nuestra vida era como una máquina bien engrasada que funcionaba a la perfección. Por la noche, yo hacía la cena mientras ella lavaba los platos y limpiaba. Los fines de semana, cocinábamos juntas. La mayor parte de nuestra vida social giraba en torno a cocinar, cultivar o comer alimentos. Aunque de eso trataba la vida, en especial para un mujer en el Sur. Otras féminas podrían ofenderse por ello, pero a mí me gustaba trastear en la cocina. Y me encantaba comer. Y no hay ninguna comida que pueda compararse a la que se cocina con los productos de tu propio huerto.

Consideraba que vivir con mamá no era exactamente el concepto más sexy del mundo. Sabía que alguna gente lo veía extraño. Pero nos llevábamos bien, y, dados nuestros limitados ingresos, necesitábamos compartir todos los gastos posibles.

Mi madre no había hecho ningún comentario desde que había conseguido el trabajo con Ben. Todavía no le había contado lo del dinero, pero notaba que las alas de la libertad comenzaban a extenderse, y que tiraban de los huesos de mis hombros.

Tenía que hablarle del dinero.

Tenía que contarle mis planes, aunque todavía no los tuviera claros.

Tenía que decirle que me iba a marchar.

Ella necesitaba saber que, muy pronto, se quedaría sola.

La oía moverse por su habitación; el chirrido de una percha en la barra, el crujido del suelo. Era un buen momento para decírselo; tan bueno como cualquier otro. Doblé la esquina de la página que estaba leyendo y cerré el libro antes de dejarlo sobre la mesa.

La puerta estaba abierta, así que me apoyé contra el marco de la puerta y la observé; tenía el pelo mojado y recogido, el camisón pegado a las piernas, los pies pálidos... Tenía las uñas de los pies pintadas de rojo oscuro, aunque solo yo se las había visto. Me miró cuando se giró hacia la cama, con la ropa a medio ordenar, buscando un calcetín entre el montón.

—La película... —empecé—, ya sabes, el trabajo con Ben...

—¿Sí? —Emparejó con eficacia los dos calcetines y los enrolló.
—Voy a ganar un montón de dinero. El suficiente para...
—... irte del pueblo. —Dejó los calcetines a un lado y me miró.
—Sí. —«Para dejarte». Esa era en realidad la raíz del problema,
y traté de encontrar las palabras para explicarme...
—No te preocupes por mí. —Rodeó la cama y se acercó—. ¿Es
eso lo que te pasa? ¿Que te sientes culpable?
—Podrías venir conmigo —le ofrecí—. Aquí no hay nada que...
—Summer... —me interrumpió al tiempo que me ponía una
mano en el brazo—. Vamos a sentarnos en el porche.

Apagamos la luz exterior en un intento inútil de mantener alejados los mosquitos, y la luz de la luna llegó hasta nosotras a través de cientos de plantas de algodón, acompañada de olor a limpio. «Echaré de menos este porche», pensé mientras me acomodaba en una de las mecedoras. La tensión me abandonó en cuanto empecé a empujarme con el pie en la barandilla. Hacia un calor infernal allí fuera, y la batalla contra los mosquitos era una lucha constante, pero, aun así, había algo en aquella soledad absoluta que adoraba. Me calaba, calmaba cualquier ansiedad de mis huesos.

—Quincy ha sido un maravilloso lugar para que crecieras, Summer. —Las palabras flotaron desde su mecedora, acompañadas por el crujido del vaivén mientras su sombra se movía a mi lado—. Aquí hay gente buena. Sé que, a veces, es difícil darse cuenta por la forma en la que te han tratado, pero...

—Lo sé —dije en voz baja, y la voz se me entrecortó. Me aclaré la garganta—. Lo son —afirmé con más fuerza. Lo decía en serio. Nunca encontraría lo mismo en otro lugar, y lo sabía en lo más profundo de mis huesos; la belleza de la ciudad, de las personas que vivían allí. Incluso aunque me odiaban, aunque sentía su desdén en las miradas, en este pueblo me amaban porque era una de los suyos. Una bastarda, sí. Sin duda no era una nativa, claro está. Pero no había ni una persona en el condado que no se detendría a ayudarme si me caía en la carretera. No había un alma que no rezaría por mí en la iglesia si me ponía enferma. Si mi madre perdiera mañana su trabajo, nos llenarían la nevera con comida y el buzón con donaciones. No creía que hubiera muchos sitios así en el país. Sabía que hacía falta un pueblo con ciertos valores, con cierta mentalidad, para que actuara así.

—Ha sido un gran lugar para crecer —repitió—, pero ahora eres una mujer. Tienes que encontrar tu propio lugar, y lo sé. No sería una buena madre si intentara detenerte. Solo lamento no haber podido ayudarte a seguir antes ese camino, por falta de dinero.

—Podría haberme marchado antes, mamá. Muchas veces. —Y era cierto. Podría haber conseguido otro trabajo en Tallahassee. O podía haber aprovechado la beca Hope y haberme marchado a la universidad, a Valdosta State o a Georgia Southern. También podría haber obtenido un préstamo universitario y haber seguido otro camino. No sabía por qué no lo había hecho. Sencillamente, nunca me pareció apropiado. El deseo de abandonar Quincy nunca había sido lo suficientemente fuerte como para hacerlo. Luego comencé a salir con Scott y cualquier idea de marcharme desapareció. Era curioso cómo el amor podía hacer que la vida fuera en una dirección distinta antes de que te dieras cuenta de lo que ocurría. Y cuando lo percibías, no te importaba, porque el amor era más grande que tú y tus deseos.

Nuestro amor había sido más grande que yo. Eso había sido lo que había hecho que la caída resultara tan devastadora.

—¿A dónde piensas ir? —La voz de mi madre era tranquila, como si no estuviera rompiendo su mundo en dos.

—No lo sé. —Era cierto, no sabía a dónde me dirigiría—. ¿Quieres venir conmigo?

Sentí su mano sobre la mía, con un apretón fuerte y cariñoso.

—No, cielo. Pero siempre tendrás un hogar aquí, conmigo. Deja que eso te ofrezca la confianza que necesitas a la hora de asumir riesgos.

Era una dulce sensación. Continué apretando su mano, nuestras mecedoras se movían siguiendo el mismo ritmo mientras trataba de averiguar cuánto de los veinte mil dólares podría ahorrar, y cuánto me duraría esa cantidad.